

Luz increada

Rayo de luz que viene de la altura
como un mensaje del amor divino,
ilumina por siempre mi destino
y fúndeme contigo en tu hermosura.

Conoces como yo mi desventura
que sólo hieles bebí en el camino.
Soy un yermo sin luz ¡oh triste sino!
de todo sufrimiento levadura.

No te apartes de mí, no me abandones,
que me muero de pena y de tristeza;
dame, Señor, la paz y con tus dones

escalaré la luz en donde moras
y veré cara a cara tu belleza.
¡Soñado fin de mis amargas horas!

Pedro ROMERO MENDOZA

ANECDOTA ARQUEOLOGICA

por Antonio **SANCHEZ PAREDES**

Como quiera que este sucedido es rigurosamente histórico, conviene situar lo mejor posible todos los elementos de la representación, ya que la vida no es otra cosa que una sucesión de actos más o menos escenificados.

La acción se desarrolla en Mérida, un día cualquiera de los comprendidos entre el 20 y el 26 de abril de 1753.

La escena tiene lugar frente al "Horno de Santa Eulalia", construido como un rompecabezas con las piezas, columnas y sillares del desaparecido templo de Marte. Las inscripciones y sobre todo los preciosos relieves, principalmente de arreos militares, parece que acaban de nacer. La luz del sol incide sobre ellos dándoles casi hasta movimiento. Todo en torno es placentero, grato y bello.

Los personajes tal vez fueran cuatro: un criado de uno de los protagonistas, don Luis José Velázquez; el dibujante que le acompañó en el viaje, Esteban Rodríguez, hermano del célebre arquitecto don Ventura y "el mejor delineador que se conocía entonces", a juicio de Cortés y López; el señor Peralada, persona para mí desconocida por ahora pero que me propongo identificar, el

cual estaba de paso en Mérida camino de Lisboa. Debía ser eso que ahora llamamos un funcionario público, viajando en comisión de servicio y hombre de cierta cultura aunque sin especialización alguna. Y, finalmente, don Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, señor de Sierra Blanca, caballero de Santiago, malagueño, abate y académico de la Historia, de los del número, a sus treinta y un años cumplidos.

Este último se hallaba en Mérida, por lo menos, desde el 22 de diciembre anterior, alojándose al presente en una celda del convento de los Franciscos descalzos de la misma, pues "las posadas"—son sus palabras—eran "malditas". La razón de su estado se debía a que la Academia de la Historia le propuso a Ensenada como la persona más indicada e idónea para reconocer y estudiar los monumentos antiguos de Mérida. La católica e indolente majestad de Fernando VI, se dignó acoger dicha propuesta y Velázquez salió de estampía en la primera quincena de diciembre de 1752 hacia nuestras provincias. Quien había suscitado todo este súbito interés de la Academia por las antiguédes de Mérida, era un tal doctor